

**XXV Jornadas de Investigadores del Instituto de Literatura Hispanoamericana
Facultad de Filosofía y Letras (UBA) - Buenos Aires, diciembre de 2012**

**Entre documentos falsos y extravíos de la imaginación:
las islas Malvinas de Paul Groussac**

Lara Segade

En los testimonios sobre la guerra de Malvinas, es frecuente encontrar una suerte de desajuste entre el paisaje que se espera encontrar y el que efectivamente se encuentra. Esto atañe a dos cuestiones distintas, pero relacionadas. En cuanto a la primera, la supuesta argentinidad de las Malvinas busca infructuosamente superponerse a la percepción de que todo allí recuerda demasiado a Inglaterra:

El paisaje de esa zona no se parece en nada al resto de la Patagonia. Son lomas y praderas de un verde intenso, como un pedazo de campiña británica en medio del desierto. Uno no se sentía en la Patagonia, sino en medio de un paisaje británico, con casas británicas, con carteles británicos, con cercas británicas, con hombres de aspecto británico. Un pedazo de las Islas Británicas. (Cittadini y Speranza: 34).

El mismo desconcierto aparece también, con particular intensidad, en el encuentro con los isleños, que según las directivas deben ser tratados como argentinos.

El segundo desajuste se produce en torno a la cuestión de la guerra. Las únicas representaciones de lo que es una guerra y de cómo hay que comportarse en ella provienen de las películas. Ni siquiera la instrucción, insuficiente incluso en los casos en que fue completada, sirvió a los soldados para llegar al combate con una idea de lo que allí iba a suceder. De aquí se derivará,

sobre todo en el caso de los soldados –es distinto para los militares– una dificultad para dar sentido a la experiencia bélica:

Yo, ahora, te doy esos datos, pero en ese entonces no tenía la menor idea de cómo se llamaba esa zona de la isla, no sabía dónde estaba parado. Al volver en el Canberra, como prisionero, conversé con algunos de los ingleses y ellos me mostraron una carta geográfica, muy pequeña, de bolsillo, con puntos de colores, en los que estaban marcadas hasta nuestras posiciones. Y esos tipos con los que yo hablaba no eran oficiales, eran simples soldados; pero apenas desembarcaron ellos tenían idea de dónde estaban, sabían cuál era cada monte. Yo, en cambio, no tenía ni idea [...] Por ahí me decían ‘replegarse’ y salía corriendo para el otro lado. (Kon: 19)

Aquí, el paisaje es percibido, ante todo, como un teatro de operaciones: la escenografía sobre la que se despliegan, bien o mal, las estrategias de defensa y una serie de elementos con los que hay que contar, que también se desajustan respecto de lo esperado, como la tierra, demasiado blanda para cavar pozos en ella. Así, el soldado Agustín Arce cuenta:

Para algunos, Puerto Argentino es un lugar mítico, un símbolo, un sueño, un fantasma. Para otros, es un nombre con olor a viejo que hoy se encuentra solamente en los libros de historia y en algunos documentos publicados por las autoridades argentinas. Para nosotros es otra cosa; para nosotros, Puerto Argentino es una ciudad... (Winograd: 299)

A continuación, describe la ubicación y las peculiaridades geográficas de esa ciudad, para terminar concluyendo:

No soy un experto en asuntos de defensa, pero no es necesario serlo para darse cuenta de que esa configuración geográfica establece un verdadero cerrojo y que, una vez instalado un sistema de artillería, resulte imposible pensar en un ataque por esa vía. Si en cambio se trata de defenderse de un ataque terrestre, el asunto es un poco más complicado... (Winograd: 300)

En cualquier caso, el desajuste se produce cuando se intenta incluir el paisaje en otro paisaje, invisible, el de la Argentina a la que las Malvinas pertenecen o deberían pertenecer, y se percibe que no encaja. Hasta 1982, la nación está incompleta; para completarse –y, de paso, para unirse y pacificarse–, necesita recuperar las Malvinas. La emoción de los militares al pisar ese tramo de suelo arrebatado en 1833 es una prueba de la eficacia de esa historia, mientras que muchos de los soldados conscriptos dan cuenta, por el contrario, de sus límites, en tanto no consiguen ver en las Malvinas el fragmento faltante de Argentina. Y de ese desajuste deriva el otro: hace falta que la argentinidad de las Malvinas sea percibida con tanta fuerza como para que la necesidad de recuperarlas dé sentido a una guerra.

En este marco, nos preguntamos cuáles son esas imágenes de las Malvinas como parte integrante de la nación que se ponen en juego y en riesgo, con la llegada a Malvinas y la guerra; y sobre todo, ¿de dónde vienen? Aunque nacen durante el siglo XIX, imbricadas con los discursos constitutivos de la nacionalidad, aquí me voy a centrar en *Las islas Malvinas*, de Paul Groussac, escrito en francés en 1910 y traducido al español en 1934, por iniciativa del diputado socialista Alfredo Palacios¹. Con este libro, Groussac se propuso proveer a su patria adoptiva de fundamentos científicos para los reclamos de soberanía sobre el archipiélago.

¹ Un claro y completo recorrido sobre las referencias a Malvinas que anteceden al trabajo de Groussac puede encontrarse en el libro *¿Por qué Malvinas?* de Rosana Guber (2001).

Groussac inicia su trabajo sosteniendo que tanto la geología como la botánica “hacen de las islas Malvinas una dependencia natural de la Patagonia” (12). En especial, en tanto ambos paisajes se definen por su cualidad desértica, es decir, por lo que les falta². Una vez zanjada la cuestión geográfica, el objetivo es examinar “si los hechos de la historia coinciden con los de la geografía” (12). Esto es, a qué país asisten los derechos en cuanto a dos aspectos: el descubrimiento y la ocupación efectiva. La primera ocupación efectiva, sostendrá Groussac, fue la del francés Bouganville³, quien en 1767 cedió la posesión a la corona española para que formara parte del Virreinato del Río de la Plata junto con las tierras continentales. De ese modo, con la independencia, las Malvinas pasan a formar parte de las posesiones argentinas y de ellas Inglaterra se apropia por la violencia en 1833. Por lo tanto, si por geografía y por derechos de ocupación la soberanía sobre las islas debiera ser argentina, queda por evaluar la compleja cuestión del descubrimiento, a la cual dedica Groussac el segundo capítulo de su obra. Para ello, y con el objeto de no tomar partido anticipadamente y mantener la imparcialidad, somete los documentos históricos a un examen basado en el método científico.

La conclusión de este pormenorizado análisis es que el descubrimiento real de las Malvinas es el que realiza, en el año 1600, el holandés Sebald de Weert⁴. En cuanto a los viajeros anteriores, Groussac los descarta uno por uno. La autenticidad de los viajes de Amerigo Vespucci, dice, es muy sospechosa: del tercer viaje del florentino, en el que supuestamente se produce el descubrimiento, no quedan huellas escritas en los archivos, sino únicamente su propio testimonio

² En este hecho, se ve cómo se vinculan, desde el siglo XIX, la imaginación de las Malvinas y la imaginación de la nación. En ambos casos, existe una literatura que vacía el paisaje, convirtiéndolo en esa “geografía vacante abierta a la imaginación”² que es el desierto. En efecto, “los proyectos de lo que Tulio Halperín Donghi llamó una nación para el desierto argentino hubieran sido imposibles si previamente la imaginación pública no hubiera hecho el acopio de un desierto para la nación: un bien territorial y textual” (Rodríguez: 15). En ese sentido, las grandes extensiones vacías de Malvinas y las pampeanas se parecen; en tanto zonas liminares, de borde o en disputa, llevan “consigo el peso simbólico de completar a la nación misma” (Masotta, en línea)

³ Bouganville llegó a las islas con otros marinos franceses provenientes de Saint-Malo. De allí, el nombre de Malouines, castellanizado “Malvinas”, que Groussac reivindica, contraponiéndolo al de Falklands.

⁴ Aquí se encuentra el origen de la denominación de Malvinas como Islas Sebaldinas.

que, además incurre en “errores groseros, que chocan jocosamente con las pretensiones científicas del personaje [Vespucci]” (73). Por lo tanto, quedan dos opciones: “o la carta es obra de un falsario, cosmógrafo y piloto de salón, que jamás ha hecho la navegación que describe, o bien Amerigo Vespucci era ese hombre” (73). En cuanto a las anotaciones de Magallanes, el otro explorador invocado por España para argumentar su prioridad por descubrimiento, “no se registra el descubrimiento, ni siquiera fortuito, de las islas Malvinas” (77).

Pero tampoco Inglaterra consigue, entre los relatos de corsarios y piratas que recorrieron los mares del sur, alguno que resista la lectura científica. El primer caso es el de John Davis, quien abandona a Cavendish para recorrer los mares por su cuenta y, según el testimonio de John Jane, uno de sus acompañantes, descubrió las Malvinas el 14 de agosto de 1502. El relato, sin embargo, mueve a la desconfianza pues relata un episodio en que los vientos de una tormenta, ponen al maltrecho barco en su camino como por arte de magia, “la proeza más asombrosa –o la mentira más ingenua– de que los relatos de viaje hagan mención”, una “fábula absurda” que, por otra parte, “no es la única del relato” (81). Esto lleva a Groussac a concluir que “tenemos allí un documento fabricado, falsificado, elaborado *a posteriori* por alguien –Jane o algún otro– que no había participado del viaje que ha trabajado sobre notas o atento al dictado de Davis” (81). La hipótesis que se aventura aquí es que un descubrimiento como este podía justificar la deserción de Davis; si “la expectativa crea su objeto...Es ella, quizás, la que hizo surgir de la mar brumosa estas ‘islas desconocidas’...” (81). Finalmente, se analiza el caso de Richard Hawkins, hijo del pirata y negrero Sir John Hawkins, compañero de Drake, quien emprendió un viaje al Mar del Sur en 1593 y, según su propio relato, el 2 de febrero de 1594 descubrió una tierra de la que no había mención. Sin embargo, su descripción “tanto del objeto como de las circunstancias del descubrimiento, encierra rasgos tan contradictorios que ningún lector advertido [...] ha dejado de subrayar” (83). Dice el relato de Hawkins, citado por Groussac:

La tierra es una llanura de buen aspecto y poblada; vimos muchas fogatas, pero no pudimos hablar a los habitantes; la época propicia para enfilarse el estrecho estaba avanzada y, faltando la chalupa para aterrizar, hubiera sido imprudente acercarse demasiado a la costa con un navío de carga. Esto, con el cambio de viento (bueno para pasar el estrecho), fue causa de que no fuéramos más lejos en el conocimiento del país... Tiene grandes ríos de agua dulce; no es montañoso; por el aspecto y el clima templado, recuerda a Inglaterra. (84)

A los errores acerca de la latitud de la tierra entrevista, se suman “las falsas apreciaciones materiales”, tan inexplicables que llevan a Groussac a plantearse las siguientes preguntas:

¿Por qué extraña ilusión un inglés habría podido reconocer en las Falkland el aspecto y el clima templado de Inglaterra? ¿Qué ‘grandes ríos de agua dulce’ ha podido advertir allí desde el mar? [...] ¿Cómo, sobre todo, hablar de habitantes y de muchos fuegos (we saw many fires) encendidos en la costa? (87)

Groussac postula, entonces, una alternativa: o se trata de una ilusión –Hawkins confundió las Malvinas con la costa Sur de la Patagonia– o se trata de una mentira –Hawkins se atribuye el “descubrimiento” de Davis–. Sin embargo, la ilusión se descarta porque Hawkins estaba rodeado de gente que observaba con él. La mentira, resulta extraña en tanto a lo largo de veinte años, Hawkins “habría tenido todo el tiempo necesario para hacerla verosímil y quitar las contradicciones groseras” (87). Aquí también Groussac aventura una hipótesis de lectura:

Es muy probable, en efecto, que Hawkins haya tenido ante los ojos la redacción de Jane, el escriba de Davis, y también que, reuniendo sus recuerdos un cuarto de siglo después de los sucesos, haya

mezclado sus impresiones un poco turbias de la Patagonia con los datos, no muy claros, de esta lectura. (88)

Así como Davis había creído ver las islas como consecuencia de la expectativa de un descubrimiento que lo salvara, el relato de Hawkins tiene un origen doble: es, a la vez, ilusión y copia. Lo que Groussac descubre al someter a estos textos a un examen científico es que en realidad se escapan del universo de la comprobación empírica. Son otra cosa: ilusiones, falsificaciones, errores, más o menos verosímiles. No se originan en lo real sino, casi siempre, en otros textos o en las sugerencias generadas por otros textos; son, ellas mismas, productivas imaginaciones, generadores de nuevas percepciones ilusorias. En efecto, no sólo nacen de aquí relatos falsos sobre supuestos descubrimientos de Malvinas, sino también una tierra enteramente imaginaria: las islas Pepys, producto de “los extravíos de imaginación, mentiras o errores de estos viajeros que, ‘procedentes de lejos’, han poblado el océano de tierras e islas fantásticas”, “cuya existencia irreal ha sido tan tenaz que el excelente Angelis, en 1839, esforzábese aún en prolongarla con documentos y cartas probatorias” (81).

Así, a partir de su análisis, Groussac encuentra que las primeras referencias a Malvinas, vinculadas a la cuestión del descubrimiento, resultan, cuando menos, inexactas. Lejos de la referencialidad unívoca propia del discurso científico, los textos de su *corpus* se desajustan de su objeto⁵, abriendo grietas en el universo de lo empírico y de la experiencia. Para Groussac, que mide con la vara de la ciencia, estas grietas que llama “extravíos de la imaginación” equivalen a mentiras: son, para él, zonas vacías de significado. Sin embargo, es en esas zonas, en esos

⁵ En efecto, una cuestión relevante relacionada con la del descubrimiento será, para Groussac, la del bautismo de los accidentes geográficos: los descubrimientos que se revelen falsos no conservarán la prerrogativa de nombrar.

extravíos, donde la imaginación prolifera. En efecto, en los relatos que analiza Groussac, lo que no se ve se imagina y la imaginación, además, produce efectos, se contagia a través de plagios, ilusiones y sugerencias que se superponen a los relatos de la experiencia real del descubrimiento hasta conformar una verdadera red textual que constituye el primer marco de referencia para plantear la cuestión de la soberanía.

Finalmente, lo que la lectura de Groussac descubre es que la pertenencia de las Malvinas a la Argentina se dirime en una zona de confluencia en la que la experiencia es permeable a la imaginación, en la que es, incluso, completada por ella. Y esto será, en parte, lo que se actualice en 1982, cuando se vuelva necesario que la forma en que las islas se piensan como pertenecientes a la nación adquiera la fuerza suficiente para dar sentido a una guerra.

En efecto, desde 1982, las Malvinas han sido consideradas una “tierra de sueños” (Menéndez), un espacio vacío, desconocido, susceptible de ser llenado con las propias aspiraciones; o un test de Rorschach, “esas manchas en las cuales el paciente puede reconocer las formas del delirio o el deseo, y el médico estudiar las de su locura” (Gamerro: 64). Incluso un ex combatiente, Roberto Herrscher, ha sostenido que las Malvinas son “lo que creen y piensan los millones que nunca pisaron la turba porosa ni sintieron ese endemoniado viento, siempre del mismo lado, ni respiraron esa mezcla de olor a pólvora de afuera, suciedad del propio cuerpo y miedo más adentro” (Menéndez: 11).

Y es que, como dije al principio, la guerra provoca un nuevo desajuste en la percepción: nuevas zonas ciegas de la experiencia. El laconismo, el silencio, el trauma, el sinsentido, son algunos de los nombres de ese desajuste pero también de lo que allí se abre como posibilidad para la imaginación: en esas zonas, será la literatura –que nace con *Los pichiciegos* antes de que termine el conflicto–, la que permita situar un sentido y comenzar a reapropiarse, a des-extrañar, ese paisaje y esa guerra.

Bibliografía

- CITTADINI, Fernando y Graciela Speranza (2007). *Partes de guerra*, Buenos Aires: Edhasa.
- GAMERRO, Carlos (2006). “14 de junio, 1982” en *El nacimiento de la literatura argentina y otros ensayos*, Buenos Aires: Norma.
- GROUSSAC, Paul (1936). *Las islas Malvinas*, Buenos Aires, Comisión Protectora de Bibliotecas Populares.
- GUBER, Rosana (2001). *¿Por qué Malvinas?*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- HERNÁNDEZ, José (2006). *Las Islas Malvinas*, Buenos Aires: Corregidor.
- KON, Daniel (1983). *Los chicos de la guerra*, Buenos Aires: Galerna.
- MASOTTA, Carlos (2011). “Escatologías del confín y nostalgias del último ona en Tierra del Fuego”, en *Actas del X Congreso de Antropología Social*, Buenos Aires; disponible en <http://www.xcaas.org.ar>
- MENÉNDEZ, María Isabel (1998). *La “comunidad imaginada” en la guerra de Malvinas*, Buenos Aires: EUDEBA.
- RODRÍGUEZ, Fermín (2010). *Un desierto para la nación*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- WINOGRAD, Alejandro (2012). *Malvinas, crónicas de cinco siglos*, Buenos Aires: Ediciones Winograd.